

# La mirada zambraniana sobre Unamuno

Juana Sánchez-Gey Venegas

## INTRODUCCIÓN

Entre los primeros escritos publicados de María Zambrano en los años 30 al 32 están los dedicados a Miguel de Unamuno que, como vemos, son escritos de primera hora. Ya se observa en ellos los temas que serán constantes en su filosofar: el problema de España que se convertirá después en el de Europa y la reforma del pensar. En ambas preocupaciones, se perciben unas influencias y hasta una atmósfera que le mueven a reflexionar de un modo singular.

Es cierto que Ortega fue su maestro y ella se sintió siempre su discípula, pero lo es también que la influencia de su padre y del círculo de sus amigos<sup>1</sup>, entre los que se encontraban Miguel de Unamuno y Antonio Machado, constituyen un espacio de interés al que María Zambrano se sintió desde muy temprano vinculada y compenetrada. Y en este ambiente radica la constante de su pensar filosófico: el anclaje de la tradición para buscar una clara universalidad del pensamiento.

En los escritos de 1937-1938, que son los años de publicación de la revista *Hora de España*, María Zambrano, a pesar de los sucesos de la guerra, publica importantes artículos en torno a «El español y su tradición», «Españoles fuera de España», «La 'guerra' de Antonio Machado» y el que vamos a comentar «Antonio Machado y Unamuno, precursores de Heidegger» en *Sur* (Buenos Aires, 1938).<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Refiere, a menudo, un estudioso zambraniano, el profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, José Luis Mora, que en la Fundación María Zambrano existe una tarjeta que Blas Zambano dirige a Unamuno agradeciéndole el envío de sus artículos de 1900, por lo cual la relación de ambos autores es temprana y obsequiosa.

<sup>2</sup> M. Zambrano, «Antonio Machado y Unamuno, precursores de Heidegger» en *Sur*, Buenos Aires, 1928, vol. 8, nº 42, marzo, págs. 85-87.

## I. SOBRE UNAMUNO EN LA DÉCADA DE LOS TREINTA

La forma del pensar es un tema recurrente, especialmente en estos años, de la filosofía de Zambrano. Siente la necesidad de pensar desde la tradición y, sobre todo, desde una razón que reconozca el vivir concreto. Por este motivo, sus raíces culturales más cercanas las encuentra en Machado y Unamuno que son pensadores y poetas. Además, como ella refiere, son las «precedencias españolas» del filosofar existencial de Heidegger. Lo cual supone para María Zambrano encontrar en la «inquietud existencial» que percibe en sí misma la misma razón del sentir que también exponen estos filósofos. El ahondar en la conciencia y reconocer la angustia (Heidegger) o la nostalgia (Machado) como lo propio de la condición humana constituyen la filosofía que a Zambrano le interesa. Pero, aun más, respecto a Don Miguel quiere subrayar el valor ético de su pensamiento, nota que también había encontrado en Ortega, porque, en realidad, este carácter es constitutivo del verdadero pensar: «Y así, no es nada extraño que años después, lejana de aquella vida y en el dintel de una nueva que comenzaba para mí, sintiera que aquel su pensamiento se me transformaba en sustancia ética, lo cual es una de las manifestaciones del verdadero pensamiento»<sup>3</sup>.

A María Zambrano le preocupa una reflexión que le explique el mundo personal de sus creencias, una razón unitiva en tanto que reconciliadora de la sensibilidad y la objetividad, y al mismo tiempo, de la cultura y la creencia del pueblo, claves para comprender el ser de España. Razón unitiva que se enfrenta críticamente ante todo reductivismo o sistematismo abstracto y huero. Sólo ese pensar que orienta el ser, sólo ese pensamiento que se hace carne con el corazón, vale la pena. Pensar poético que le une, indefectiblemente, con los amigos de su padre, que se convertirán en sus maestros, Machado y Unamuno<sup>4</sup>. Y este magisterio será más cercano que el de Ortega, pues «el lógos del Manzanares» le despierta a la aventura de la filosofía, sin embargo será el vivir poético de Unamuno quien acompañará siempre su pensar:

Unamuno quedará apegado poética y metafísicamente a la tragedia. Para Ortega la vida será el drama habido entre el yo y las circunstancias. En el drama subsiste el conflicto, mas en vías de solución, por haber sido acogido plenamente por el ancho espacio de la conciencia. La tragedia es atemporal.<sup>5</sup>

## II. SOBRE UNAMUNO EN LA DÉCADA DE LOS CUARENTA

Posteriormente, al comienzo de su exilio, en La Habana (1940) escribe de nuevo sobre Unamuno. Los escritos desde esta isla, muchos de los cuales apare-

<sup>3</sup> M. Zambrano, «Don José», en *Ínsula*, Madrid, 1955, 15 de noviembre.

<sup>4</sup> J. L. Mora, «La difusión de la filosofía en la Universidad Popular de Segovia», en *Filosofía hispánica y diálogo intercultural*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2000, págs. 347-359. En este artículo se recoge con detalle la influencia que estos pensadores ejercen en la formación de María Zambrano.

<sup>5</sup> M. Zambrano, «Unidad y sistema en Ortega», en *Sur*, Buenos Aires, 1956, n° 241, julio-agosto.

cen en una obra reciente titulada *La Cuba secreta*<sup>6</sup>, exponen las coordenadas del pensamiento zambraniano que aparece de forma ya madura. Y tienen que ver con la misma constante que, como hemos afirmado anteriormente, se inicia en sus primeros escritos y redundan con firmeza en los últimos. No en vano, Zambrano publica, en ocasiones, varias veces lo ya escrito. Porque se reconoce en cada uno de ellos, aunque en algo los retoque, son variaciones de un mismo tema, su filosofía, que su fina y honda penetración le lleva a buscar y ahondar en lo que siempre ha intentado encontrar: lo originario abierto a lo universal. El saber que denominará unitivo, porque antes de toda filosofía académica convivían el pensar, la poesía y la religión.

María Zambrano escribe *Sobre Unamuno* en España en 1939 y se publica en La Habana en 1940. En estas páginas se van entrelazando de forma comprensiva los temas zambranianos, basándose en las vivencias de su larga estancia cubana, «las catacumbas», como a ella le gustaba decir, porque Cuba se convierte en su «patria prenatal», paraíso órfico o perdido que se halla en el origen del ser y del pensar. Y que María Zambrano siempre ha buscado.

En este marco órfico reflexiona en la conjunción de filosofía, poesía y religión, los temas universales de la filosofía. Y desde esta preocupación dedica artículos a la búsqueda originaria del pensar como «Pensar y sabiduría», «Las dos metáforas del corazón» y a autores tan significativos de esta encrucijada temática como son San Juan de la Cruz y Unamuno. Si de nuevo hurga María Zambrano en sus raíces culturales es porque siempre, y especialmente, en estos primeros años de su exilio en La Habana, recorre todos los ámbitos del dolor, desde el que le produce España al de Europa. Pues Zambrano vive un doble exilio, en tierras americanas, el de su país natal y el del continente.

Así, en este artículo que escribe en el tercer aniversario de la muerte de Unamuno, analiza la biografía del autor<sup>7</sup>, como siempre que estudia la historia de la filosofía, y nos propone *La agonía del Cristianismo* como la autobiografía de Unamuno. Zambrano, además de creadora, es también muy singular en el historiar de la filosofía en el que pone siempre una impronta personal muy enriquecedora. Recorre el mundo de sus influencias, especialmente la de Kierkegaard. Aunque reconoce que las influencias en este autor se convierten en «unamunianas»<sup>8</sup>, sin embargo, la de Kierkegaard es, como sabemos, de «consanguinidad». El propio D. Miguel le llama hermano, y María Zambrano subraya: «Lo que importa es el origen de esos pensamientos, la tragedia que los hace brotar»<sup>9</sup>. Pues en ambos el pensar como origen del vivir, resulta ser un vivir trágico. Y si importa el pensar es porque en ello va el vivir y el modo cómo se vive.

Crítica Zambrano la soberbia como origen de ciertas filosofías, como la de Unamuno, «revelación de su tragedia personal en que a la vez va un grito de llama-

<sup>6</sup> M. Zambrano, *La Cuba secreta*, Madrid, Endymión, 1996.

<sup>7</sup> Ana I. Salguero en su tesis doctoral recoge un dato que se anunció en el «I Congreso Internacional sobre la Vida y Obra de María Zambrano» acerca de un libro incabado, que Zambrano habría titulado *D. Miguel de Unamuno y su obra*, Ana I. Salguero, *El pensamiento político y social de María Zambrano*, Madrid, Universidad Complutense, 1994, pág. 73.

<sup>8</sup> «Así, todo lo que cae dentro de la obra unamuniana le queda inmediatamente sometido» en «Sobre Unamuno», en *Nuestra España*, La Habana, 1940, pág. 3.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> *Ibid.*

da al hermano y una soberbia que rechaza la posible respuesta»<sup>10</sup>, porque la propuesta de Zambrano es la de una razón indigente, mediadora, cercana, mística en lo que tiene de abandono de sí misma y de renovación superadora en el amor.

En estos artículos se ocupa también mucho del cristianismo, y concretamente de la religión católica, de una forma constante y con una insistencia que no se observará posteriormente, al menos de esta forma tan explícita. «Del mundo antiguo, que es el de la tragedia, se salió por dos caminos: el de la filosofía y el del cristianismo. Y, sin embargo, estos dos cristianos, son implacablemente trágicos. ¿Por qué?»<sup>11</sup>. Con pocas palabras, en breves trazos, dibuja la trayectoria filosófica y hasta personal de Kierkegaard. Y recuerda que «Kierkegaard hombre sentía dentro de sí la gracia de la poesía y la ambición de la filosofía [...] y la otra gracia, la de la semilla cristiana»<sup>12</sup>. ¿Cómo conjugar estos elementos?

Según Zambrano, a Kierkegaard le generó angustia la conciencia de estos componentes. Unamuno, sin embargo, vivió de otra manera, su lucha, pues su agonía se encontraba entre la historia y su deseo de universalidad. Y en esta «guerra, pero en la paz» no sueña en salvarse como cristiano o como hijo, sino únicamente como padre, como mesías de un pueblo. Esto es, religión y política constituyen el drama de don Miguel<sup>13</sup>.

En 1943, María Zambrano publica otro artículo también desde La Habana, «Unamuno y su tiempo», y destaca, como ya hiciera en el de 1940, el carácter de don Miguel como hombre de la *pólis*, de ciudadano, que ejerce su influjo, no sólo en la vida intelectual, sino también en la vida cívica. Expone su «biografía y su evolución intelectual»<sup>14</sup> y desde tierras tan lejanas va relatando la biografía unamuniana con cuidado de orfebre y recuerda su Vizcaya natal, la vida doméstica y pública de Salamanca, etc. Y aunque con algún desliz<sup>15</sup> resalta su honda vocación pública<sup>16</sup> y especialmente el innegable papel que ejerce en la España de su época.

De nuevo, Zambrano hila, desde su sensibilidad de historiadora atenta al suceder de los acontecimientos, el proceder de las generaciones, la del 98 y las siguientes. Pues estos escritos desde Cuba responden a un afán creador propio de su filosofar y, al mismo tiempo, a un profundo estudio de fina historiadora, pues seguir las interpretaciones que realiza sobre Séneca, Jorge Manrique, San Juan de la Cruz, Quevedo, Machado, Unamuno... son una verdadera lección de comprensión histórica.

Para Zambrano, Unamuno es el primer contemporáneo y este apelativo es

<sup>11</sup> *Ibid.*

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 4.

<sup>14</sup> J. Sánchez-Gey Venegas, «Unamuno y María Zambrano: la razón creadora», en *El uno y lo múltiple*, Año 1, 1996/1997, pág. 16.

<sup>15</sup> «[...] en aquellos momentos del auge del Socialismo... Sin embargo, no parece haber estado ni próximo a ello [...].», en «Unamuno y su tiempo», Universidad de La Habana, 1943, vol. 15, enero-junio, números 46-48, pág. 56. Sin embargo, algunos reconocidos especialistas fechan con exactitud la pertenencia de Unamuno al socialismo. Así dicen que en 1894 ingresa en el Partido Socialista y desde entonces publica muchos escritos socialistas en distintos periódicos como *Eco de Bilbao*, *El Nervión* y *La Lucha de clases* hasta 1897 (Diego Núñez y Pedro Ribas, *Unamuno y el socialismo*. Granada, Comares, 1997).

<sup>16</sup> Posteriormente, Zambrano en el artículo que dedica, de nuevo, a Unamuno en 1968 dirá que Unamuno no fue nunca un ideólogo (*España, Sueño y Verdad*, Barcelona, E.D.H.A.S.A., 1965, pág. 131). Tal vez era esto lo que quería decir cuando anteriormente había afirmado que no fue nunca socialista.

de una enorme importancia. Porque la polémica europeísta entre don Miguel y Ortega se salda, desde Zambrano, a favor de Unamuno. Así en un escrito de 1949 «Ortega y Gasset, filósofo español» dice:

[...] naturalmente, no fue Ortega el único en buscar la conversión de España.<sup>17</sup>

[...] la conversión que él pedía antes que ofrecía a los españoles aparece en el maravilloso libro *Del sentimiento trágico de la vida*, publicado muy poco antes que las *Meditaciones del Quijote*.<sup>18</sup>

Más aún, María Zambrano replica a las críticas que se habían vertido a la obra unamuniana y apuesta por esta filosofía poética, cordial:

Y así *Del sentimiento trágico de la vida*, de don Miguel de Unamuno fue perfectamente coherente con su situación, es decir, con la actitud creadora -poética- con que asumió la situación histórica de España.<sup>19</sup>

Sabe qué le pide a la filosofía, y sabe que el conocimiento está en íntima relación con la poesía, porque desde esta vinculación se puede exponer la vida humana como ella es: novela y tragedia. En estos textos, se interesa por los géneros de la escritura y reconoce que el pensar originario fue antes de todos los géneros y así ha sucedido también en España, pues «abordar el proceso histórico de España exige toda una metafísica [...] en poesía, en novela, en refranes, en coplas y hasta en silencios»<sup>20</sup>. Es preciso destacar que Zambrano ha sido una de las primeras autoras que, adelantándose a muchas preocupaciones actuales, ha dedicado gran parte de su reflexión a analizar y reconstruir los géneros literarios en la filosofía.

De este modo, reconoce que Unamuno desde su conciencia trágica y poética asumió la conciencia histórica de España y así inauguró la filosofía contemporánea:

Así cuando apareció Unamuno tuvo caracteres de irrupción que no dejó de ser recibida con ese asombro que se defiende en indiferencia, especie de reto que el español lanza al que le dice algo demasiado hondo, al que le descubre algo que de veras le importa. Unamuno obstinadamente habla, como en España no se había hablado, habla de cosas que no se hablaban, al menos que no se hablaban hace tiempo.<sup>21</sup>

Pues esta verdadera hilazón de la filosofía española y filosofía contemporánea suponía, al mismo tiempo, que «su radio es ya el radio europeo»<sup>22</sup>. Las claves

<sup>17</sup> M. Zambrano, «Ortega y Gasset, filósofo español», en *Asonante*, 1945, San Juan de Puerto Rico, vol. 5, y *España, sueño y verdad*, *op. cit.*, pág. 109.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pág. 110.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pág. 114.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pág. 106.

<sup>21</sup> M. Zambrano, «Unamuno y su tiempo», *op. cit.*, pág. 78.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pág. 65.

están en que mientras la reforma cartesiana propuso «la afirmación del individuo» y «aceleró la marcha de la razón dominadora», sin embargo, Unamuno se centró en una conciencia más participativa y religiosa más cercana a la tradición mística propia del sentir cultural español. De ahí que profunde en la cuestión religiosa, que busca «las complejísticas relaciones entre la fe y la visión realista»<sup>23</sup>, exponente de una conciencia que venía desde la tradición erasmista aunque no venció posteriormente.

La libertad, la creencia ilimitada en el individuo y su talento ha sido pues el suelo inicial de Unamuno, mas no seguramente su área de desarrollo ... por dos motivos, por el ya apuntado de no ser Unamuno en su más honda posibilidad un hombre de este tiempo, y por cambiar el tiempo mismo en esta creencia en la individualidad [...]. Y cosa sumamente curiosa, siendo el último instante de la vida de esta creencia en Europa, lo fué la primera en la vida española [...].<sup>24</sup>

Ve en Unamuno el afán de salvar a España a fuerza de engendrar amor a la palabra, pues la aventura de la filosofía se alía con el lenguaje y la religión.

### III. SOBRE UNAMUNO EN LA DÉCADA DE LOS SESENTA

En «La religión poética de Unamuno»<sup>25</sup>, María Zambrano basa esta compenetración con don Miguel en el sentir poético y, por ende, en el cuidado de la palabra y los géneros literarios, así como en la preocupación religiosa<sup>26</sup>. Pues en ambos será una preocupación constante en sus vidas, aunque señala: «No puede dejar de decirse, por sabido que sea, que la religión que don Miguel aceptó no concide exactamente con la católica, en la que nació y se crió. Y a la que nunca, que se recuerde, presentó guerra»<sup>27</sup>. Según Zambrano, la religión en Unamuno tiene que ver con la tradición, con el sentir del pueblo, así se asemeja a su propia concepción. Pues ella entiende que la religión es «piedad, la religión del corazón». Este es un tema del que ya escribió en 1949<sup>28</sup> en La Habana, y ahora añade que piedad son las entrañas, pero no al modo de la tragedia griega, en la que en «los inferos» se halla el vacío, sino que es el lugar del alma, del pueblo<sup>29</sup>. Posteriormente, Zambrano escribirá sobre Unamuno, en 1986, tras el exilio y destacará la convicción peculiar de Unamuno, también en el tema religioso, «era un teólogo, un teólogo liberal, cosa muy peligrosa»<sup>30</sup>.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pág. 77.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pág. 65.

<sup>25</sup> M. Zambrano, «La religión poética de Unamuno», en *La Torre* (San Juan de Puerto Rico), 1968 y *España, Sueño y Verdad*, op. cit., págs. 129-160.

<sup>26</sup> «La religión en él es un proceso que abraza su existencia toda», en *España, Sueño y Verdad*, op. cit., pág. 130.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pág. 132.

<sup>28</sup> M. Zambrano, «Para una historia de la piedad», en *Lyceum*, La Habana, nº 5, 1949, en *La Cuba secreta*, Madrid, Endymión, 1996.

<sup>29</sup> M. Zambrano, «La religión poética de Unamuno», en *España, Sueño y Verdad*, op. cit., págs. 133-134.

<sup>30</sup> M. Zambrano, «La presencia de don Miguel», en *Diario 16*, Madrid, 1986, año XI.

María Zambrano cuando habla de Unamuno señala su atención al lenguaje: «Don Miguel fue haciéndose su religión, como se fue haciendo, día a día, su lenguaje»<sup>31</sup>. Pues ambos entienden la palabra y la filosofía como revelación. La palabra es además voluntad ganada en relación con alguien, pues el pensar poético está unido a la búsqueda de una realidad fundante, esto es, lo sagrado<sup>32</sup>.

Zambrano compara, incluso, en este artículo a Ortega y Unamuno. Considera que aquél era «un filósofo que prendía en un círculo de discípulos reducido»<sup>33</sup>, mientras que «la figura de don Miguel se elevaba y se adentraba en el ánimo de los españoles, como la de un mediador. Porque su palabra, que sonaba desde más de medio siglo, lenta, imperceptiblemente, se había ido haciendo palabra de alimento»<sup>34</sup>.

La filosofía de Unamuno, como la de Zambrano, es una filosofía de salvación surgida en tiempo de crisis, una filosofía personal que propone la piedad como conocimiento. Por eso, María lo asimila al fenómeno de la «Guía» que en artículos tan singularmente zambranianos como «La Confesión como género y como método» y «La Guía» ella propone como una nueva forma de pensar y de ser.

De ahí que relacione a Unamuno con Eckhart, con un místico; pero añade «como un místico sin método, como un poeta [...] Y un místico sin método no es propiamente un místico»<sup>35</sup>. Esta cita nos recuerda las muchas veces que Zambrano ha sido acusada de asistemática, de poco científica cuando, en realidad, habría que decir, que afirma el método y lo científico para acoger el vivir auténtico, pero no para alejarse o abstraerse del verdadero vivir. Porque, probablemente, Zambrano ha entendido a Unamuno como pocos de los muchos estudiosos existentes le han entendido y sabe que en él el tema religioso es esencial; pero, al mismo tiempo, sabe también que su sed religiosa es ansia de vivir y vivir haciendo historia, como luz que vivifica. «La piedad, la inmensa, la había tomado para sí, llevándolo a los confines de la existencia humana [...]»<sup>36</sup>.

Concluimos con las últimas palabras de Zambrano sobre Unamuno en un artículo de 1986 titulado «La presencia de don Miguel» en el que recuerda cuando lo conoció en su juventud en Segovia<sup>37</sup> y dice, una vez más, que lo esencial en él era la palabra poética. «¡Cómo hablaba de la sin-teología, de corazón! Hablaba desde el fondo del corazón, desde las entrañas mismas de la religión. Pero había un drama teológico»<sup>38</sup>. Y añade finalmente: «Decía siempre don Miguel lo mismo, sólo que lo decía de diversas maneras»<sup>39</sup>.

<sup>31</sup> M. Zambrano, «La religión poética de Unamuno», en *España, Sueño y Verdad*, op. cit., pág. 129.

<sup>32</sup> J. Sánchez-Gey Venegas, «Unamuno y María Zambrano: la razón creadora», *El uno y lo múltiple*, año 1, nº 0, 1996/1997, pág. 18.

<sup>33</sup> M. Zambrano, «La religión poética de Unamuno», en *España, Sueño y Verdad*, op. cit., pág. 137.

<sup>34</sup> *Ibid.*

<sup>35</sup> *Ibid.*, pág. 147.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pág. 142.

<sup>37</sup> Cf. *supra* n. 4.

<sup>38</sup> M. Zambrano, M. «La presencia de don Miguel». *Las Palabras del regreso*, Salamanca, Amarú, 1995, pág. 128.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pág. 130.